

EXPOSICIÓN FUNDACIÓ VILA CASAS

LA COSMOLOGÍA (Y LA POÉTICA) DE LO INVISIBLE

La artista Jo Milne crea artefactos artísticos para representar la Teoría de las Cuerdas y las estructuras que no se pueden ver

VANESSA GRAELL BARCELONA
Un viaje a un cosmos invisible, al Big Bang o a las micromoléculas. Un viaje abstracto en azul cian, negro pizarra y blanco. Entre elipses, dobles hélices, electrones, átomos y formas que remiten a secuencias científicas, Jo Milne crea su particular cosmología artística basada en la Teoría de las Cuerdas. Y pinta la belleza de la ciencia, la poética de los errores y las estructuras complejas en la muestra *No hago predicciones, sino excusas*, que agota sus últimos días en el Espai Volart de la Fundació Vila Casas, donde permanecerá hasta el 18 de diciembre.

«La exposición es un estudio de cómo visualizar lo invisible. En astrofísica, la Teoría de las Cuerdas propone que el mundo no tiene cuatro dimensiones, sino 11 o 16. A partir de pequeños filamentos o cuerdas que oscilan se producen reverberaciones que crean todas las estructuras del universo: las personas, los objetos...», explica Milne, licenciada en Bellas Artes pero que se ha adentrado en el mundo de la ciencia desde una perspectiva artística, trasladando conceptos de laboratorio al taller del pintor.

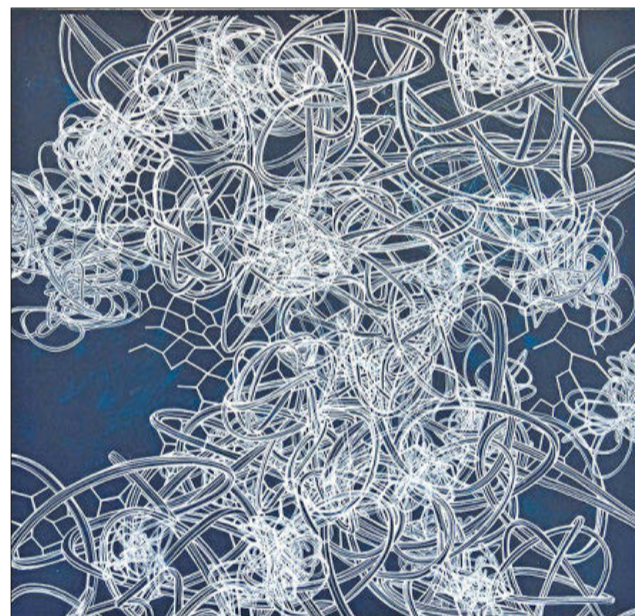
Lo que hace Milne es traducir a

la plástica estructuras invisibles. ¿Cómo? Las cuerdas (más bien, líneas ondulantes, filamentos o elipses) le sirven de kilómetro cero para pintar y realizar ¿esculturas? ¿prototipos? salidos de impresoras del Citilab, un centro digital de innovación tecnológica. Y ya hace unos cuatro años que esta escocesa afincada en Barcelona investiga distintas teorías científicas para adaptarlas a un nuevo lenguaje plástico, entre la realidad de la ciencia y lo onírico del arte.

El primer cuadro con el que se topa el espectador al entrar en el Espai Volart, *Confabulaciones Cosmológicas*, sirve de llave para entender toda la exposición. Aunque parezca una pintura, con difuminados que remiten a la acuarela, la espectacular imagen de cinco metros es en realidad una fotografía, una cinotipia en distintos tonos de cian. Y mediante sugerentes formas que parecen fluidos trazos de pintura se representan los planteamientos de Ptolomeo, el movimiento geocéntrico, la materia negra, las modulaciones del Big Bang... Aunque no es necesario ver (o entender) ese sustrato científico: *Confabulaciones Cosmológicas* se erige como una bella abstracción. «Se trata de crear dudas, de generar preguntas al es-



La artista Jo Milne bajo su instalación 'Manifestly Manifolded'. ANTONIO MORENO



La pintura 'Pentaquarks colgados por un hilo'.

pectador. Pero la exposición no deja de ser un viaje pictórico, un laberinto mental», apunta la artista.

Adentrarse en la Teoría de las Cuerdas es «como viajar por otro mundo», compara Milne, que sin pretenderlo ha acabado tejiendo una bella nube al anudar una cuerda como metáfora de la hipótesis. Una nube que es una ficción científica, una instalación titulada *Manifestly Manifolded*. En el sótano del Espai Volart brilla una mesa blanca iluminada por debajo con fluorescentes. Como si fuesen mapas o diagramas de ciencia ficción, en ese espacio Milne despliega un «campo de especulación» con extraños objetos que flotan en el aire. Formas puras o accidentes, poco importa. Es su particular mesa de disección teórica y artística, una caja de luz tan abstracta como poética.

MÚSICA CONCIERTO

UN INAGOTABLE BARENBOIM

Obras de Schubert, Chopin y Liszt

Daniel Barenboim, piano. Escenario: Palau de la Música Catalana. Temporada de BCNClàssics. Fecha: 24 de noviembre de 2016. Calificación ★★★

JOSÉ LUIS VIDAL BARCELONA

Daniel Barenboim tiene trazas de hombre del Renacimiento. Todo lo humano le interesa, por supuesto aquello en que sus dotes, geniales, le permiten aportar más, la música, desde todos los puntos de vista, su concepción, su interpretación, sus posibilida-

des de transformación social –bien patente es su contribución importantísima a causas humanitarias–. No es de extrañar que en medio de su agotadora actividad hayamos tardado diez años en volverlo a escuchar como pianista en el Palau. Naturalmente la expectación era máxima entre el público, y el entusiasmo, febril.

¿Se debió en parte a la curiosidad de conocer el nuevo piano Barenboim? Porque el pianista, interesado en tantas cosas nuevas, si profundas, ha diseñado un nuevo tipo de piano sobre una base Steinway. Pero, si bien es verdad que el sonido de Daniel

Barenboim parecía especialmente redondo y claro, no es menos que, de no haber conocido la novedad previamente –y quizá incluso conociéndola– sería atribuible a la maestría personal del intérprete ese sonido.

Pero, por inagotable que sea el hombre y el artista, es el pianista quien despierta una emoción profunda en el que escucha, conseguida por una interpretación que, hasta cuando es irregular, nunca deja de ser genial. Es la que consigue que una obra en apariencia no especialmente interesante, como la *Sonata n.º 9 en si mayor* de Schubert, se crezca en sus ma-

nos. Cuando se trata de una obra grande de inspiración y ambición, como es la *Sonata n.º 18 en sol mayor*, el resultado es, consecuentemente, grandioso, desde la controlada potencia del ataque del inicio, hasta el contraste tan conseguido, en el *Andante*, entre la aspiración casi beethoveniana a la afirmación resolutiva y la melodía, un punto melancólica, prácticamente un *lied*, que caracteriza tan personalmente a Schubert.

Pero fue en el romanticismo plétórico de Chopin y Liszt donde Barenboim arrebató: en la interpretación literalmente épica de la

Balada n.º 1 en sol menor de Chopin, personalísima, exagerada, tal vez, en algún momento –no puede Barenboim contener en algún momento una enérgica patada que marca un ritmo poderosamente expresado–, siempre elocuente. Y en los *Funerales* de Liszt –*Funérailles (Harmonies poétiques et religieuses, 7)*–, lo mejor del recital, donde el inagotable Barenboim desplegó una fuerza preñada de gravedad, una meditación de la muerte clara y profunda, sacudida por tremendos pasajes expresivos del día de la ira. Esa misma grandeza y, sobre todo, una versatilidad para pasar de un mundo a otro, caracterizaron la interpretación del *Vals Mephisto n.º 1*, cuyo envolvente ritmo y evocador movimiento encontró en la fecunda versatilidad de Barenboim un magnífico recreador.